

Más pobre que lo pobre

Juan David Gutiérrez



Jonathan Carvajal, *Mar*, rapidógrafo y lápiz de color.

Entro al rancho casi a las diez. No había sido buena la pesca de la mañana, pero alcanzaba para el diario. “Ya El Atrato no es lo de antes”, pensó. Yanila le fritó los pescados más pequeños con dos patacones, y terminó de llenar el plato de arroz con coco. Mientras su esposo desayunaba, la negra le destripaba y desescamaba los más grandes para que fuera a venderlos a Vegandó. Los gritos de Yeiner los hicieron tirar todo y asomarse al frente de la casa.

—Cogé al bebé, Dalia, que se está quemando los pies —gritó Yanila—. ¿No

ves que la arena está hirviendo? Te dije que no lo dejés solo. ¿O es que querés que se caiga al estero otra vez?

—Es que estaba lavándole el pie a mi hermanita, mamá, que se paró en un popó del marrano.

Con lo que le pagaron en Vegandó por los pescados, a Paulino le alcanzó para lo del lanchero hacia Quibdó, lo que cobró la moto-taxi que lo llevó de ida y vuelta a la pesquera, unos bombones para los niños y una hebilla para la negra.

Bajándose de la moto de nuevo en el embarcadero, vio un fajito de billetes en un charco. Una enorme sonrisa le infló los cachetes, le ensanchó las fosas nasales y le alargó los ojos. Secó los doce mil pesos con la camiseta de Aguardiente Néctar y los guardó en el bolsillo. Alegre, movió la cadera, siguiendo el ritmo del aturdidor vallenato que salía de un bar. Caminando hacia la lancha, la señora del puesto de venta del Baloto, que lo había visto recoger los billetes, le dijo: —Hoy es tu día, moreno. Aprovéchalo.

Escogió los números de la edad de sus hijos, la de él y la de Yanila.

—¿Seguro quiere cuatro números menores que nueve? —le dijo la del Baloto—. Eso le quita oportunidades; escójalos variaditos.

—Si uno va a ganar, gana. ¿Cuándo juega? —preguntó.

—Hoy a las diez, por el canal RCN. Se acuerda de mí cuando gane, mi amor.

Primero salió el número de la edad de Yanila; luego la del bebé, el 01; luego la de Dalia, la mayor; la de Luz Mary, la de Didier y, cuando ya todos los vecinos apretados frente al único televisor del caserío estaban listos a gritar, salió la balota con el último número que faltaba,

que anunciaba que a sus 39 años, Paulino Lemus, del caserío Bagresito, a diez minutos por trocha de la vereda Vegandó, a una hora en lancha de Quibdó, se acababa de ganar 36.500 millones.

En quince minutos, la noticia ya se sabía en Vegandó.

—¿El marido de Yanila? ¿El pescador? ¿El de Bagresito? ¿Y qué va a hacer ese negro con toda esa plata?

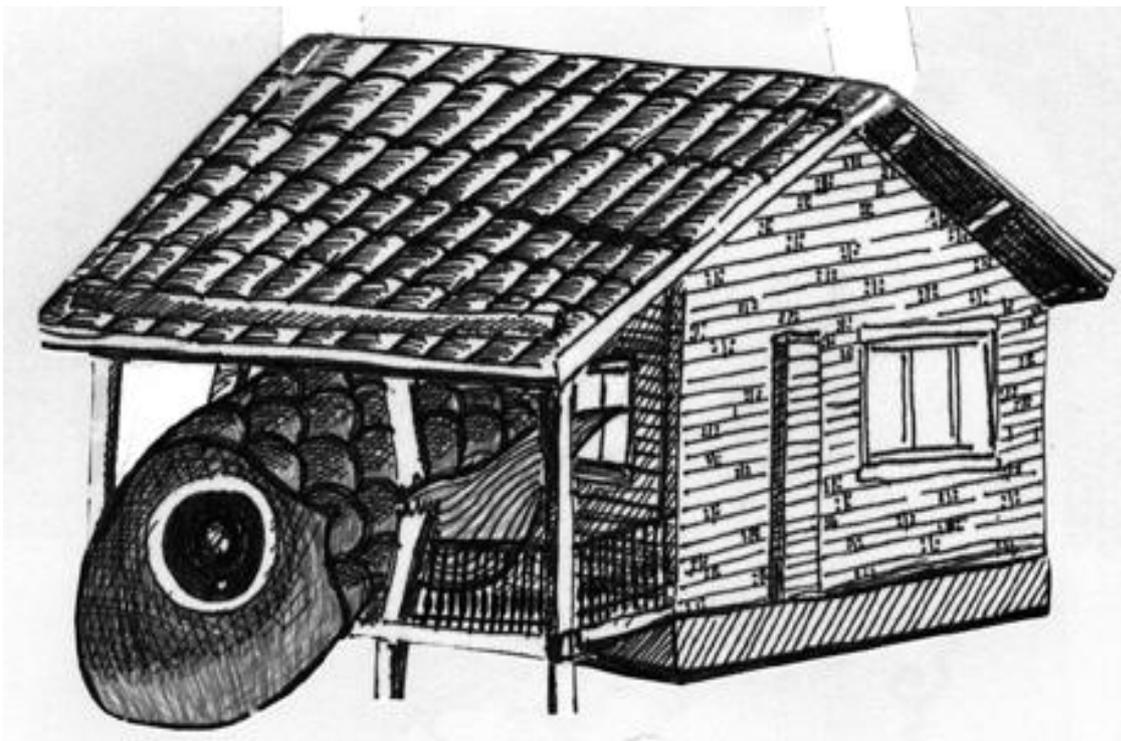
A las diez y media empezó la fiesta. No había ron en el caserío, pero hubo ron. No había comida, pero hubo comida. Y lo único que había, miseria, quedó olvidado en medio de un frenesí de locura que prometía durar hasta el lunes.

A las once pasadas llegó un gentío colosal de Vegandó, con un equipo de sonido de bafles enormes, mucho más aguardiente y ron, sillas y mesas plásticas y la carátula abollonada vacía de un sufragio, para proteger el Baloto. “Porque si se pierde o se moja, nos jodemos todos”, dijo la señora que lo donó, quien había despojado de uno de los recuerdos al oratorio que le había hecho a su hijo mayor, asesinado hacía quince meses por las Farc.

Paulino pasó de ser un negro cualquiera al amigo adorado y elogiado por todos; Yanila miraba, desconfiada. Al billete le improvisaron un santuario en el saloncito donde dormían los niños en hamacas y esterillas. La gente se acercaba al rancho de cañabrava, y desde la ventana, como viendo a un muerto, miraba con envidia la mesita con mantel (prestada la mesita y prestado el mantel), rodeada con un cerquito que hizo Yanila con palos clavados en el suelo de tierra pisada (pa' que nadie se acercara). Sobre la mesita, el sufragio negro, abierto a manera de biblia, iluminado por una veladora y custodiado por una estatuica de la virgen. Miraban, se persignaban, sonreían y soñaban con ser dueños de ese pedacito de papel; luego se unían a la fiesta y redistribuían una y otra

vez el montón de plata, pero nunca alcanzaban a gastársela toda, pues con sólo mil o dos mil millones alcanzaba para comprar la tierra, las casas, la dotación y hasta las almas de todos los del caserío, la vereda y lo poquito que conocían de Quibdó.

La fiesta duró la noche. Temprano en la mañana del domingo, Yanila fue a Vegandó a comprar fiado un mercadito para atender a la gente; todos querían fiarle y prestarle. Cuando llegó a Bagresito, a eso de las nueve, un olor a chamuscado la hizo mirar hacia el despejado del piladero para ver, aterrada, el marrano negro que iban a vender a fin de año, despellejándose en una gran fogata hecha con hojas secas, palos de



Jonathan Carvajal, *La casa del pez*, lápiz de color y rapidógrafo de color.

deshecho y, a medio quemar, la madera del corral del mismo cerdo, las patas de la mecedora y la cabeza del caballito de madera de Didier. Paulino, con renovada borrachera, deshecho ya de su humildad característica, parecía un capataz recién nombrado, con intención de quemar sus pocas pertenencias, para reponerlas de nuevo el lunes, dando órdenes a cuanto lagarto había, con botella de aguardiente en mano y un recién adquirido sombrero vueltiao, que le vendió fiado Edgar Mosquera en doscientos mil pesos. La histeria de Yanila fue tal, que alguien le mermó al vallenato aturdidor; cogió al nuevo rico a cantaleta a un volumen similar al de los bafles, con una retahíla

interminable que sólo detuvo el grito de una de las comadres quien, mirando hacia el río, dijo: “Madre de Dios; llegó el arzobispo”.

Al medio día, con la asesoría del arzobispo y su comitiva, ya las inversiones llegaban a cuatro mil millones, pues Paulino había aceptado hacer una iglesia con campanario en Bagresito, remodelar y ampliar la de Vegandó, y otras cosas que no entendía para una iglesia con nombre raro en Quibdó, que valían más de trescientos millones.

Y llegaban más lanchas con amigos, primos, tíos, hermanos medios y conocidos de Paulino, con gallinas, pescado, cocos, pavos o cualquier cosa para la fiesta, que el Negro agradecía con una promesa pagadera después del lunes. Entre el tumulto, dos expatrones de Paulino, a quienes antes ni miraba a los ojos y ahora abrazaba, trataba de “tú” y les ofrecía comprar algunas fincas al precio que pidieran.

A la una, cuando ya hasta el cura andaba prendido, se oyó el rugir de varios motores; primero se vio la lancha de la policía de Quibdó, luego otras dos con



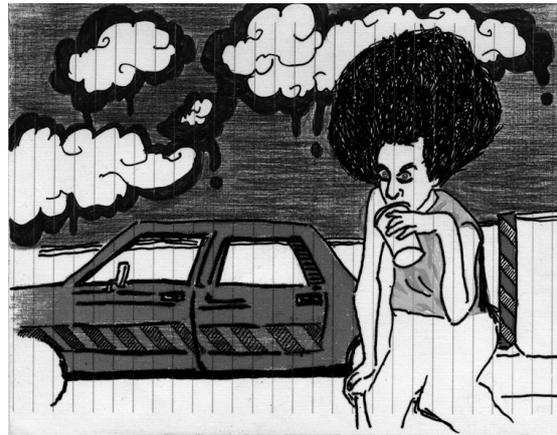
Jonathan Carvajal, *Sol-los*, lápiz de color y rapidógrafo de color.

muchos encorbatados, y por último la de la Alcaldía. De otra lancha pequeña, bajaron un marrano blanco y mercado para un batallón.

A las tres de la tarde las inversiones se acercaban a veinte mil millones, pues, reunidos en el mejor rancho del caserío, todos los concejales y asesores financieros del alcalde le habían sugerido a Paulino varias formas muy rentables para invertir esa platica, diciéndole que, si no la invertía bien, se le iba a ir volando o se la podía robar más de un aprovechado que había por ahí. Todo con la avenencia del cura, que estuvo presente para proteger al negro de las malas intenciones de “quién sabe quién”.

Al anochecer, todos borrachos, partieron el alcalde con su gente, el cura con sus devotos, los expatrones de Paulino y muchos de sus ahora “amigos del alma”. El alcalde dejó dos de sus escoltas, también borrachos, para que amanecieran al lado del santuario; el obispo bendijo la casa de los Lemus, puso encima del sufragio su escapulario más preciado y, al lado, una biblia con letras doradas.

En total, tirados donde los cogiera el sueño, como acompañando a los deudos



Jonathan Carvajal, *Turrrbaldo*, lápiz de color y rapidógrafo de color.

de un muerto y exhaustos por una noche y un día completos de desafueros, quedaron en Bagresito una docena de amigos de Vegandó, los vecinos de los siete ranchos del caserío y otros borrachos que nadie conocía.

A la media noche, el silencio usual de Bagresito hacía parecer que nada había ocurrido.

La lancha llegó con motor apagado, aprovechando la corriente. Montó la proa al barrizal. Iluminados por la luna menguante, bajaron uno a uno doce guerrilleros y luego el comandante Samuel. El concejal Arango, que no había recibido más de dos cervezas en la tarde, se quedó en la lancha con el lancharo. Seis hombres se ubicaron alrededor del caserío, cuatro se pararon entre los ranchos, dos afuera de la casita Lemus, y el comandante, esquivando borrachos y

botellas, entró solo a la casa. Cogió el sufragio en silencio y, al voltear hacia la puerta para salir, se encontró con los ojos brillantes de Yanila.

—Me tiene que matar—, le dijo susurrando.

—¿Primero a usted, a sus hijos o a su marido, doña Yanila? Somos veinte; usted verá

—contestó el comandante en igual susurro, apuntando el fusil a los niños, acostados en esteras a los lados del salón—.

Venga para afuera hablemos —le dijo.

Nadie oyó el motor de la lancha, pues lo prendieron río abajo, con Yanila como garantía, mientras cobraban el baloto. El llanto de Yeiner despertó a los menos borrachos, pero ya a las cinco y media de la mañana. Se cansaron de buscar a Yanila. Algunos ya estaban rumorando que se había volado con el billete. A las siete llamó el comandante al celular de Edgar y les ordenó no moverse de Bagresito hasta la noche.

La negra estuvo secuestrada hasta el miércoles, cuando ya la plática de Paulino y de su familia reposaba en una cuenta bancaria de las Farc.

A la madrugada del jueves, achicando la canoa mientras pescaba, Paulino lloró.

Juan David Gutiérrez (Medellín, 1965) es publicista, con estudios en mercadeo y administración de empresas. Ha escrito cuentos cortos y ensayos sobre diversos temas, todavía no publicados.